

Son casi las nueve de la noche y Carmen está a punto de sentarse a cenar cuando suena el teléfono. “Hola, soy la madre de Ariadna, que va con tu hija Julia a clase. Te llamaba porque Ariadna ha llegado a casa muy enfadada, llorando, porque tu hija le ha dicho que es una pija, y eso no puede ser, bla bla bla”. Si no fuera porque casi no conoce a esa mamá y no tiene la menor confianza con ella, Carmen pensaría que es una broma. Pero no es la primera vez que tiene que lidiar con los reproches de otros padres por nimiedades y peleas de niños. Recuerda cómo la madre de Roberto se presentó en su casa para quejarse de que Luis, su hijo mayor, y otros compañeros de clase –todos de 10 años– le decían que su padre es calvo. O cómo el padre de Alejandro fue a quejarse al entrenador porque otros niños del equipo le habían llamado torpe porque fallaba muchos goles (cosa cierta, dicho sea de paso). La respuesta de Carmen siempre ha sido parecida: “No te preocupes, hablaré con él (o ella) para recordarle la importancia del respeto, pero son cosas de críos y mejor que no nos metamos, que mañana se les habrá pasado y volverán a ser amigos; en cambio, si discutimos nosotros, nos enfadaremos para siempre”. Pero no deja de sorprenderse por la frecuencia con que los padres se inmiscuyen en los pequeños conflictos de los niños y acaban encarándose con otros críos o sus familiares por problemas tan graves como haberse colado en la cola del tobogán.

“Hemos pasado de una sociedad en la que el niño no contaba en absoluto, crecía por sí solo, a un sistema en el que tendemos a sobreproteger, y nos estamos pasando, porque a muchos niños se les mantiene aislados permanentemente de cualquier tipo de frustración”, explica Purificación Sierra, profesora de psicología del desarrollo de la UNED.

Los padres de Ariadna, Roberto o Alejandro intervienen en los conflictos de sus hijos para evitarles el mal trago de unas críticas o de enfrentarse a sus carencias porque no soportan ver sufrir a quien desean feliz por encima de todo. Pero los psicólogos advierten que, con esta actitud, confundiendo felicidad con no vivir obstáculos, precisamente les están condenando a ser unos adultos infelices, incapaces de asumir y de resolver los conflictos que se les vayan planteando, porque no podrán evitar de por vida que alguien les critique ni conseguir que todo les salga a pedir de boca.

No se trata de una conducta generalizada, pero sí frecuente, y los psicólogos explican que no es baladí, que cada vez hay más niños burbuja, narcisos desorientados, que crecen y llegan a sus consultas como adolescentes problemáticos, tiranos, o como jóvenes deprimidos, hundidos ante el primer contratiempo laboral o personal. María Jesús Álava, psicóloga y autora, entre otros libros, de *El no también ayuda a crecer* (La Esfera de los Libros), asegura que entre los niños con problemas de conducta hay dos grandes grupos: “Los que tienen poca presencia de los padres y han trabajado poco los hábitos, y aquellos que están excesivamente sobreprotegidos y sus padres van de jefes de prensa

**HAY PADRES
QUE
ELOGIAN Y
JUSTIFICAN
TODO LO
QUE SU HIJO
HACE**

de ellos, justificando todo lo que hacen, alabándoles y tratando de que el mundo gire en torno a ellos”. Benjamí Montenegro, del Equip Psicològic del Desenvolupament de l’Individu, distingue tres tipos de niños burbuja o narcis-

sos desorientados: los hijos sobreprotegidos hasta el exceso aberrante, los elogiados en exceso por cosas normales y los intolerantes a la frustración.

Demasiados algodones La sobreprotección tiene bastante que ver, según los expertos, con las intensas jornadas laborales de los padres, que hacen que se sientan culpables de pasar poco tiempo con sus hijos y tienden a mimarlos. “Los educadores principales de los hijos, en muchas familias, ya no son los padres; si antes los padres te criaban y los abuelos te sobreprotegían y mimaban, ahora es a la inversa: los abuelos o los canguros te crían y los padres te sobreprotegen, porque son los que menos tiempo pasan con los niños; pero ojo, que sólo es una sobreprotección material”, afirma Meritxell Pacheco, psicóloga y profesora de la facultad de Psicología, Ciencias de la Educación y Deporte de Blanquerna. También influye el hecho de que los hijos sean un bien escaso y preciado, en muchos casos hijos únicos o concebidos como culminación de una relación de pareja.

Y cuando los niños crecen entre algodones y se les hace creer que el mundo gira a su alrededor acaban pensando que se merecen todo lo que quieren y cuando quieren, y al crecer consideran que sus necesidades están por encima de todo y de todos, y se enfadan con todo el mundo porque piensan que los otros deberían estar ahí para satisfacer sus deseos; y si no es así, se sienten víctimas, se quejan continuamente y culpan a los demás de todos sus problemas. Claro que también hay razones sociales que incentivan estas conductas, como la apología del éxito rápido y la mercantilización de todas las relaciones que imperan en la sociedad. “Si constantemente transmitimos que trabajamos porque nos pagan, que hacemos las cosas a cambio de algo, la ▶

Texto Mayte Rius

PINCHAR LA BURBUJA

Criar a los hijos entre algodones, evitarles disgustos, maquillarles las críticas y resolver sus conflictos quizá permita ver al niño feliz, pero otorga muchos números para que, al crecer, sea un adulto insatisfecho que vivirá cualquier dificultad como un drama